

[homenaje]

Roberto Arlt

La escritura rabiosa

Pasados 70 años de su muerte, la obra de este cronista esencial de los bajos fondos porteños comenzó a reeditarse gratuitamente. Vida y prosa de un escritor que veía demasiado.

Por **Federico Grunauer**

Es de noche en la redacción. El cronista levanta la vista, incapaz de sostener la mirada de esa hoja en blanco que lo desafía hasta encandilarlo desde la Underwood. Los escritorios de sus compañeros están vacíos, en penumbras; la luz de la oficina del director permanece encendida, inexorable.

El cronista cierra los ojos por un momento. Lo que ve entonces está fuera de allí, aunque no demasiado lejos: en los mercados, en los tranvías, en los bares de esa ciudad en la que le tocó nacer y de la que se convirtió en testimonio vivo. Un grupo de ladrones planeando el próximo golpe en un café del barrio porteño de Flores. Un almacenero que sufre horribles celos por su hermosa mujer. Una adivina de Corrales que engaña a una costurera desespera-

da por la ida de su marido. Un grupo de amigos que, entre mate y cigarrillos, esquivan el sueño nocturno en una pensión perdida en las calles de tierra de Abasto...

Hombre de oficios

Antes que escritor y periodista estrella del diario *El Mundo*, Roberto Arlt fue empleado de librería, corredor de papeles, obrero metalúrgico, trabajador portuario, fabricante de ladrillos. El único de aquellos insólitos oficios que conservó durante toda su vida fue el de inventor. Disfrutaba, por ejemplo, inventando su propia biografía: en distintos escritos alteraba su fecha de nacimiento (aunque siempre la ubicaba en el mismo año: 1900), se agregaba o quitaba nombres (Roberto Godofredo era uno de los más utilizados), o fabulaba acerca del momento en que lo echaron de la escuela primaria "por inútil".

Es cierto que apenas llegó a aprobar quinto grado y a partir de >>>>

ARCHIVO



>>>> allí no tuvo otra formación que la calle. Y la literatura, por supuesto: folletines, revistas de divulgación científica, traducciones baratas de los novelistas rusos y franceses. En la familia Arlt, fundada por una pareja de inmigrantes europeos, no existían biblioteca culta ni linaje literario. Habían, sí, un padre déspota y violento, desertor del ejército de Prusia, donde se ganaba la vida como artesano soplador de vidrios, y que en la Argentina fue obrero yerbatero, asistente contable y eventualmente desempleado; y una madre de origen tirolés, que había sido campesina en Italia y le enseñaba en media lengua los secretos de la astrología y las ciencias ocultas.

La calle y sus márgenes

De aquel hogar escapó el Arlt adolescente y, tiempo después, terminó convirtiéndose en escritor. Lo ayudó trabajar como secretario del ya consagrado Ricardo Güiraldes, su maestro y mentor, y a quien dedicó su primera novela, *El juguete rabioso*, aparecida en 1926. La narrativa de Arlt condensó desde un principio una prosa poderosa con rasgos autobiográficos y aportó la novedad del trazado urbano como escenario de las tragedias personales de individuos casi marginales.

Dos años después llegaba *Los siete locos*, tal vez su obra máxima. Además de las cuatro novelas que publicó, tuvo una prolífica obra como cuentista y cierto éxito como dramaturgo: al menos seis de sus obras teatrales se estrenaron en el vanguardista Teatro del Pueblo.

Pero fue su labor diaria como periodista la que le dio una popularidad impensada. Primero como cronista policial en *Crítica*, y luego con “Aguafuertes porteñas”, la sección que firmaba desde 1928 en el matutino *El Mundo*. Las Aguafuertes fueron al mismo tiempo reflejo y crítica de las penurias y las esperanzas de los hombres y mujeres que poblaban la ciudad: inmigrantes o primera generación de argentinos nativos en su mayoría. Como

“En la casa de Arlt no había biblioteca, pero sí una madre que le enseñaba los secretos de las ciencias ocultas.”


nadie, supo hacerse cargo de la época que atravesó su obra: analizó esas primeras décadas del siglo XX signadas por las guerras, la depresión económica y un estado de ebullición constante, siempre bajo una mirada implacable, lúcida, cínica.

A partir de 1930 comenzó a viajar, y así es como las Aguafuertes empezaron a ser escritas desde Brasil, España, Marruecos o distintas partes de la Argentina. El cambio de paisaje no nubló la inteligencia ni el humor de Arlt, sino que los tonificó. “El ciego en Buenos Aires es ciego en Madrid o Calcuta”, afirmaba en uno de sus textos. El no fue ciego en ningún sitio.

El otro Arlt

“Pasando a otra cosa: se dice de mí que escribo mal.” Era cierto: se decía, y Arlt parecía muy satisfecho de ello: ese lugar de niño terrible era justamente el que quería ocupar. Confraternizó y discutió alternativamente con los dos grupos literarios dominantes de la época:

AGUAFUERTES CARIOCAS

 **Pasados los 70 años de su muerte, la obra de Arlt se convierte en parte del dominio público, dando la posibilidad de circular y ser reeditada gratuitamente. Entre los anuncios, suena fuerte *Aguafuertes Cariocas* (Adriana Hidalgo Editora), que recupera las crónicas del primer viaje internacional de Arlt, a Brasil, en 1930. Nunca antes recopilados, los textos permiten descubrir la génesis de una nueva faceta en Arlt: una mirada periodística y social, pero también antropológica y turística.**

los de Florida y los de Boedo. Quisieron erigirlo como el perfecto antagonista del que ya se perfilaba como el escritor más influyente de su tiempo: Jorge Luis Borges.

Lo cierto es que la crítica no le fue siempre adversa. Y hoy, a setenta años de su muerte, nadie discute su lugar fundacional en la literatura moderna argentina. El propio Julio Cortázar llegó a definirlo como su maestro, y el responsable último de entronar su obra ha sido el reconocido Ricardo Piglia, quizás el más arltiano de los borgeanos.

Como su literatura, su vida emocional fue intempestiva y contradictoria. Un primer matrimonio extenso y fallido; y el segundo breve aunque no menos tortuoso. De la primera unión nació Mirta Arlt, crítica literaria y estudiosa de su obra. De la segunda, un varón: Roberto Arlt, hijo. Arlt no lo conoció: murió de un ataque cardíaco tres meses antes de su nacimiento, en la cama, sentado junto a su mujer. Era domingo. Tenía 42 años y no se aplicaba las inyecciones que el médico había recetado. Al día siguiente *El Mundo* publicó su última nota: “El paisaje en las nubes”.

Eterno vagabundo

Los ojos del cronista se abren. Al unísono, sus dedos atacan el teclado de la Underwood: ahora es él quien desafía el vacío de la hoja. Desde su oficina, el director disfruta esa música que, lejana, martillea el aire. Recién después de medianoche recibirá la nota terminada. Tendrá que revisarla con paciencia y corregir faltas de ortografía, errores gramaticales, sintaxis caprichosas. No le molesta: sabe que mañana cientos de miles de argentinos comprarán su periódico sólo para desayunar leyendo esa columna, firmada por Roberto Arlt. ●